

JOSE CABALLERO, PINTOR DE LOS EPISODIOS NACIONALES

JOSE M.^a MORENO GALVAN

CUANDO José Caballero nació —1916— andaba media Europa machacando a la otra media. El no puede acordarse de aquello, ni, claro, puede acordarse de las tragedias ni las batallas de la primera gran guerra —de Reims, Somme, Verdún...—; pero, es curioso, aunque él no fuese nunca protagonista, las lejanas circunstancias bélicas de su nacimiento continuaron dándole a su vida, por lo menos, una cercanía trágica: el último poeta amigo muerto por efecto de la barbarie ha sido Pablo Neruda. Antes había muerto, directamente sacrificado también por la barbarie, Federico García Lorca. Y poco después murió su amigo Miguel Hernández... Y poco después, César Vallejo...

Ya está. Todo eso ha quedado incrustado en la Historia. Vamos a descansar. Vamos a ver ahí, en la galería Multitud, la bella exposición

de José Caballero con muchos de los dibujos de aquella época, y con muchos de los dibujos posteriores, porque la vida continuó su curso y había que seguir viviendo: los bocetos para cuadros, los dibujos para revistas de la época, los bocetos para escenografías..., todo.

La galería Multitud tiene una sensibilidad histórica envidiable: todo nos lo convierte en "episodio nacional". Ahora por sus salas generosas se desarrolla el capítulo correspondiente: "Capítulo tal: el episodio nacional de José Caballero". Detrás de todo él está la Historia de España. Es una Historia de la cual casi todos hemos vivido algunos de sus ramalazos..., pero Historia de España. ¿Y solamente Historia de España?

Cronológicamente hablando, los primeros dibujos de José Caballero, tal y como aparecen en esa exposición, son los del año de la Repúbl-

ca. Ya tenemos ahí a los "episodios nacionales": se trata de algunos dibujos y algún cartel para una exposición en su natal Huelva... ¿Es esa la exposición en la que el joven pintor onubense se presentó por primera vez ante sus paisanos conjuntamente con otro joven, también andaluz —granadino, para ser más concreto—, dibujante ocasional, pero poeta sobre todo, llamado Federico García Lorca? No sé si fue esa la exposición que señala el cartel que está ahí presente, pero yo lo sé, yo sé que la primera exposición onubense de nuestro pintor se hizo conjuntamente con el poeta que media docena de años más tarde sacrificarían nuestros episodios nacionales.

Tras esos primeros bocetos y ensayos de "los primeros años treinta", con leves resonancias surrealistas —aunque Caballero habitase en Huelva, tan lejana al centro emisor de tantas sugerencias oniristas—, tras esos primeros ensayos, lo primero que la exposición nos enseña son los grandes dibujos propiamente surrealistas... Cuando los veo, cuando los reencuentro, no puedo evitar que ellos me devuelvan algo también de mi inquietud dormida, allá en mi propia frontera entre la infancia y la adolescencia... Algunos de esos dibujos ya los había yo visto tal vez antes del 36 —de la frontera histórica de todos los españoles de nuestra edad— forjamente reproducidos en ingenuas publicaciones de la época, desde las que se nos decía a los habitantes de este último cabo de Europa que algo había por allá que se llamaba "el surrealismo". Son dibujos esos en los que la condición vanguardista en que deliberadamente se situaban no cabía deducir del dibujo en sí mismo, sino de su lógica argumental... ¿Pero acaso hicieron otro tipo de "vanguardia" todos los grandes apóstoles del surrealismo de la primera hora, con la sola excepción de Miró? Son dibujos de una gran perfección lineal y hasta narrativa, donde incluso se insiste mucho en los lugares comunes de la época —aunque siempre se los supera, al extraer de ellos la lógica del absurdo.

Insisto en la fuerza evocadora de mi primera juventud que tienen para mí esos dibujos surrealistas de



Caballero, en su estudio.

Pepe Caballero. Yo nací un año antes del primer manifiesto surrealista —que se publicó, si no me falla el archivo que llevo en el recuerdo— en diciembre del 24. Como Caballero había nacido en el 16, tenía poco más de catorce años cuando llegó la República. En el terreno del arte, el surrealismo era, en los primeros "años treinta", la vanguardia del mundo. Era, para resumirlo pronto, el pórtico de entrada a la vanguardia de todos. También lo fue para mí, aun cuando yo no fuese un pintor. Y claro está que ahora no puedo yo recordar quiénes fueron mis incitadores para que yo entrase en "la orden de caballería" de la vanguardia, pero estoy seguro que, a la distancia en que entonces vivíamos, Caballero fue uno de ellos, a través de las publicaciones de la época..., época que, por supuesto, llegó hasta nuestra guerra y aun la rebasó, pues a pesar de la gran oleada de tradicionalismo que ésta desató, muchas de esas publicaciones se filtraron, y con ellas, claro, iban los dibujos de Caballero.

Hablo de mis recuerdos personales no porque ellos importan, sino porque me parece que son significativos de la toma de posición de una época. Es que, además, no puedo evitar que, a medida que voy observando esa exposición, vaya yo completando datos con lo que yo sé porque he vivido. Y si hablo de influencias de Pepe en mí mismo, es porque pienso que ellas son significativas de lo que ellas significaron en gente de nuestra edad.

Digo que 1936 es la frontera histórica de todos los españoles de nuestra edad. Por supuesto, también para José Caballero. Baste decir que en esa fecha, además de la feroz convulsión que todos acusamos, es cuando asesinaron a su gran amigo Federico García Lorca. Lorca fue, sin duda, una de las puertas de entrada de nuestro pintor en la gran vanguardia de la épo-

"Peluquería en Córdoba" (1952).



ca. Por él y con él entró a formar parte del experimento de La Barraca, ese conjunto de cómicos universitarios que la República lanzó a los caminos más ignorados de España para llevar la buena nueva de nuestro teatro, de la misma manera que las Misiones Pedagógicas fue el conjunto paralelo para llevar y recoger canciones y sabidurías populares. En aquella época y en aquel clima fue donde Caballero conoció a "los poetas": además de Lorca, a Pablo Neruda, Rafael Alberti, Miguel Hernández y hasta a César Vallejo. En ningún caso negó ese conocimiento al surrealismo incipiente que Pepe ya había oído en las publicaciones de la época. De manera que todo contribuyó a hacer de él un pintor surrealista. Pero, como dice Neruda en algún escrito sobre Caballero, "la guerra de España nos hizo ponernos a todos muy serios". Y tan serios. Imagino cómo se pondría Federico ante el pelotón de sus verdugos.

Después que pasó el vendaval —después de que la muerte clarificara las filas de aquel grupo de creadores, ¡Federico y Miguel!, después de que hubieran de aquí los que pudieron —Pablo, César y Rafael—, aquí quedó Pepe Caballero, trampeando como pudo, sin ni siquiera poder hablar de la desgracia de sus amigos, porque además tenía que ser sospechoso, pues era republicano, era universitario y, además, hijo de republicano leve-

mente represaliado... Trampeando digo. Lo más importante de la vida, en aquellos años, era no morir, ni de hambre ni de lo otro. Pepe no murió, aunque alguna vez, para excusarse de viejas —y secretas— veleidades, tuviera que ilustrar lo que no le apeteciera.

Tras la guerra había que recuperar su condición de pintor, que para él era su condición de surrealista. De todas maneras —y eso se advierte muy bien en su exposición—, su fervor surrealista ya no era tan fuerte después del 36. Su fervor era pictórico, sin más, con un arcano fermento —nunca negado por él, por otra parte— popular o populista; se alía en él armoniosamente con un punto de humor.

En ese sentido, yo le recuerdo de ahí de la exposición su "Peluquería en Córdoba". ¿Por qué en Córdoba y por qué una peluquería? Yo no sé por qué, viendo ese dibujo, me acuerdo de un cuento que nos contó a ambos, a Caballero y a mí, un paisano nuestro de Córdoba que dice que un cliente, al salir de una barbería donde acababa de afeitarse, vio tirado detrás de la puerta a un hombre degollado todo lleno de sangre. "¿Y eso qué es?", le preguntó al cliente al maestro. "¡Ah! Eso, nada —respondió el maestro—: un trabajillo estropeado".

Entre los años cuarenta y cincuenta, Caballero estuvo dedicado al surrealismo...; mejor dicho, estuvo dedicado a liberarse de la tutela

surrealista, que él consideraba que le pesaba. Pero no se liberó de eso como suelen hacer los pintores, con un salto estilístico brusco; fue liberándose con una liga de entre surrealismo y populismo. Hasta que se liberó totalmente, con la ayuda de la sugestión abstractizante. ¿Abstracto? Nunca fue Caballero un "abstracto" en estado puro. Siempre fue un experimentador de sus iluminaciones... Porque siempre hubo realidades que le presionaban por detrás de hacer una pintura en estado puro. Siempre. Y siempre hubo en él una levísima ironía, un sutilísimo sentido del humor.

Siempre ocurrían cosas en sus cuadros. Aunque estuviese pintando ruedas y círculos, que es lo último que ha experimentado. Siempre. Y, por supuesto, siempre estaba todo lo suyo presidido por la sonrisa. Se habla mucho de sus amigos "los poetas". Pero también se podría hablar de sus amigos los humoristas... Si es que no es una redundancia.

Pero este artículo no quiere ser un repaso histórico de toda la obra de Caballero. Quiere ser... Sí: una glosa. Una glosa por su magisterio. Lo mismo que me ha ayudado a mí, yo así lo creo, tiene que haberle ayudado a muchos de mi generación.

De generación hablo. ¿De qué generación pictórica es Pepe Caballero? Me pongo a repasar nuestra

pequeña historia —la de nuestra pintura digo— y encuentro que tal vez nadie representa como él el tránsito entre el "ancien regime" de la pintura y el actual: el tránsito entre la pintura de antes y la de después de la guerra. Otros pintores ha habido. Y buenos. Pero pertenecen a ésta o pertenecen a aquella promoción de pintores. Otros murieron. Otros se fueron. De los que practicaron la vanguardia antes de la guerra y en la guerra se quedaron aquí, de los que lo soportaron todo a trancas y barrancas, me parece que sólo nos queda Pepe Caballero. Porque Caballero significa el eslabón perdido —perdido, no: traspapelado entre nosotros mismos— de nuestra pintura..., de nuestra pintura de vanguardia se entiende. El estaba aquí, se quedó aquí y sigue aquí.

Por eso tiene razón la galería Multitud al hacerle una de esas magníficas exposiciones historicistas que ella acostumbra a hacer. Algún día tendremos que hacerle a esa galería el homenaje que se merece. Porque —y esto ya es otro problema— lo que hace Multitud es Historia de España.

Y claro está, yo no puedo evitar que cuando voy a visitar la exposición de José Caballero se me conviertan los datos de ella en Historia de España también. Yo no tengo la culpa de que las cosas sean así. Para mí, lo mejor de José Caballero es que es Historia de España. Es un pintor de "los episodios nacionales". ■

"Picador con su caballo herido" (1935).



"Velador histórico" (1952).

